

# REVISTA STVLTIFERA

---

## DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 1,  
PRIMER SEMESTRE DEL 2025  
ISSN 0719-983X



UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE  
SEDE PUERTO MONTT



## Editorial: *Libertas venditur*

Juan Antonio González de Requena Farré  
Editor de *Revista stultifera*, Universidad Austral de Chile, Chile

El país, por supuesto, ignora los detalles de este deplorable estado de cosas. Con la impunidad interpretativa que permiten los grandes números, cuando se habla en abstracto de “racionalizaciones” y “reestructuraciones”, y se une eso a la negativa de pensar que en nuestras universidades pueda ocurrir lo increíble apenas se consideran alarmantes los anuncios de 100, 140, o de 70 remociones de académicos, como acaba de ocurrir en la Universidad Austral.

Pero nosotros, que sabemos de esos detalles, no debemos callarnos, sí alzar nuestra voz, o siquiera no debemos olvidarlos, si hemos de mantener el silencio. Porque semejante situación ya rebasa lo que son el desorden y el abuso administrativo, para generar profundos males morales e intelectuales. (Millas, 2017, pp. 178-179)

Quizá no haya nada tan académico —y academicista— como la cháchara autorreferente sobre la misión y destino de la universidad o como la diatriba autolacerante respecto a la decadencia y crisis del espíritu universitario. No obstante, —recordaba Millas en su discurso de despedida de la UACH— existen situaciones límites, como la intervención de las universidades durante la Dictadura cívico-militar pinochetista o como el actual desastre financiero y administrativo de la Universidad Austral, que nos interpelan a tomar de nuevo la palabra o, al menos, no olvidar algunos detalles respecto a por qué hemos llegado a esta lamentable circunstancia y cuáles son las funestas consecuencias de la calamidad.

El mismo Millas —que con coraje se opuso responsablemente a la tutela cuartelera, a la ineficiente gestión de una universidad militarizada e ideologizada y a los atropellos a la dignidad académica— expresaba en su



Juan Antonio González de Requena Farré es Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y se desempeña como profesor del Instituto de Psicología de la Universidad Austral de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4296-2211>

Contacto: [juan.gonzalezderequena@uach.cl](mailto:juan.gonzalezderequena@uach.cl)

Cómo citar: González-de-Requena-Farré, J. A. (2025). Editorial: *Libertas venditur*. *Revista Stultifera*, 8(1), 9-25. DOI: 10.4206/rev.stultifera.2025.v8n1-01.

discurso de despedida de la UACH cierto ideal de universidad: en ella habría de regir la misión ascética de cultivar los valores espirituales y se tendría que garantizar “el ambiente espiritual de ensimismamiento creador”; y es que “en cierto importante sentido, la universidad tiene que ser torre de marfil, y que en ningún sentido, en cambio, debe convertirse en feria ni en plaza de mercado” (Millas, 2017, p. 176). Por eso, concluía el filósofo: “La insolente derogación de nuestros estatutos y las injusticias cometidas contra decenas de nuestros colegas, a través incluso del secuestro de nuestros organismos superiores de estudio y decisión, fue para mí el límite de la resistencia” (p. 180).

El ideal de Millas retoma cierta concepción moderna de la universidad como comunidad científica autónoma. Se trata de una visión esbozada en *El conflicto de las Facultades* de Kant (1798/2003), quien consagró la independencia de juicio de los doctos y la diferenciación funcional de la facultad de Filosofía —en cuanto ámbito habilitado de libre reflexión— respecto de las facultades superiores (Teología, Derecho y Medicina) que han de instruir en las doctrinas de interés público, bajo la supervisión del gobierno y ateniéndose a los cánones, códigos y vademécums oficiales. En ese sentido, para Kant, la facultad de Filosofía desempeñaría un rol central en la vida universitaria al someter a examen crítico las pretensiones de validez de cualquier disciplina y al desempeñar en su ámbito autónomo el juicio libre sobre la verdad de las restantes disciplinas. Así pues, hay en el pensador alemán un ideal de universidad ilustrada y filosófica, que asume la inevitable disputa entre las facultades sometidas a la experticia profesional y al interés gubernamental y, por otra parte, aquella facultad señera que alumbra la razón pública desde la libre reflexión (Kant, 2003).

Este ideal filosófico de universidad se acentuó en el idealismo alemán; por ejemplo, en su plan razonado para erigir un establecimiento de enseñanza superior, Fichte situaba en el centro de la formación universitaria el arte del uso científico del intelecto, la reflexión activa y espontánea, así como la comprensión orgánica y enciclopédica del saber de las ciencias especiales. En esta idealizada visión de la formación superior, resultaba consagrada la facultad “inferior” de la reflexión filosófica, y se privilegiaba la concepción activa y el juicio crítico por sobre la repetición mecánica de disciplinas limitadas; en suma, primaria el espíritu filosófico:

Aquello que abarca científicamente la total actividad intelectual y por consiguiente también todas las manifestaciones especiales y más extensas

de la misma es la filosofía: partiendo de la formación filosófica del arte habría que dar por lo tanto su arte a las ciencias especiales y elevar a un saber y actuar reflexivos lo que en ellas hasta ahora era un mero don natural, dependiente de la buena suerte. El espíritu de la filosofía sería aquel que se entendería primero a sí mismo y después en sí mismo a los otros espíritus; el artista de una ciencia especial tendría que llegar a ser ante todo un artista filosófico, y su arte especial sería solamente una determinación más amplia y una aplicación particular de su arte filosófico general. (Fichte, 1959, p. 38)

La visión filosófica de los establecimientos científicos superiores y el ideal de autonomía universitaria consagrados en el idealismo alemán han resultado decisivos para la influyente concepción humboldtiana de la universidad moderna como ámbito autónomo de despliegue puro de la actividad espiritual, de cultivo de la ciencia y de elevación de la cultura moral. Según Humboldt, la esencia y organización interna del espíritu universitario habría de garantizar el estudio de las mutuas interdependencias de los saberes, la transmisión del espíritu filosófico a todas las ramas del conocimiento y formas de investigación, así como la subsunción de la formación al ideal:

Derivarlo todo de un principio originario (con lo cual, todas las explicaciones de la naturaleza, por ejemplo, se elevarán del plano mecánico al plano dinámico, al orgánico y, finalmente, al plano psíquico en el más amplio sentido); en segundo lugar, acomodarlo todo a un ideal; finalmente, articular en una idea este ideal y aquel principio. (Humboldt, 1959, p. 212)

En el curso del siglo XX no faltaron las voces filosóficas que cuestionaron —no sin cierta ambivalencia— el ideal de la universidad como torre de marfil del ensimismamiento espiritual o como burbuja especulativa. En su conocido discurso rectoral de 1933, Martin Heidegger (1961) asumía la dirección de la universidad de Friburgo como si se tratase de una misión espiritual arraigada en la esencia originaria del saber. Sin embargo, el pensador afirmaba que no bastaría con la simple declaración idealista de una autonomía universitaria basada en la autorreflexión, sino que sería precisa la autoafirmación existencial de una corporación espiritual y una comunidad de lucha en nombre de la voluntad del pueblo histórico-espiritual y de su Estado, al asumir la triple tarea del triple servicio del trabajo, de las armas y de un saber resuelto y una interrogación decisiva, profundamente vocacionales, de las cuales dependen las disciplinas profesionales (y no al revés). En las altisonantes palabras de Heidegger:

La auto-afirmación de la Universidad alemana es la voluntad originaria, común, de su esencia. Para nosotros la Universidad alemana es la alta escuela que desde el saber y mediante el saber acoge para educación y disciplina a los conductores y guardianes del destino del pueblo alemán. La voluntad de esencia de la Universidad alemana es la voluntad del saber, como voluntad de la misión histórica y espiritual del pueblo alemán, de ese pueblo que se sabe a sí mismo en su Estado. El saber y el destino alemán han de cobrar poder sobre todo en la voluntad de la esencia. Lo cobrarán si y solo si nosotros —los maestros y escolares— primero subordinamos el saber a su necesidad más íntima y luego hacemos frente al destino alemán en su más extrema urgencia. (1961, p. 183)

Quizá motivado —electrizado, incluso— por tan genuina, trascendental y decisiva vocación, el pensador de la Selva Negra y el flamante rector nazi de Friburgo no tuvo reparos en ejercer el principio de caudillaje, invocar una fuerza de choque universitaria heroica, fijar doctrina contra el humanismo cristiano y contra la judaización intelectual, administrar la purificación del cuerpo académico y, además, organizar campamentos ideológicos y marchas uniformadas de docentes y estudiantes (Safranski, 2003, pp. 286-308).

También Ortega y Gasset (1966) consideraba que una genuina reforma universitaria requería asumir la verdad de la universidad y conferirle su autenticidad, en vez de imitar creaciones foráneas y, así, falsificar su ser y destino. Para el filósofo hispano, como institución de enseñanza superior, la universidad es ámbito de cultivo de la investigación científica, pero además sede de enseñanza de profesiones intelectuales (para forjar buenos jueces, médicos e ingenieros). Sin embargo, esta doble dedicación al profesionalismo especializado y la investigación de vanguardia no se sostendría sin cierta transmisión de una cultura general capaz de hacerse cargo del sistema de ideas vital de nuestro tiempo y enseñar a la persona media las grandes disciplinas culturales que brindan una visión ordenadora de la imagen del mundo, la vida, la historia y la sociedad. Para Ortega, la idealización de la investigación pura y el científicismo aséptico solo se sustentaría en una pedantería irreflexiva, que desconoce la necesidad de contar con un repertorio de convicciones vitales básicas y de establecer algo parecido a una facultad de cultura como centro de la enseñanza superior. Esa labor decisiva de transmisión cultural solo podrían desarrollarla talentos integradores aptos para la síntesis y sistematización del saber, así como profesores capaces de enseñar con economía de medios y de garantizar el aprendizaje de la persona media. Por otra parte, aunque

no haya de confundirse con la ciencia, la universidad no puede vivir sin investigación y sin el más exquisito cultivo de la inteligencia. En todo caso, según Ortega y Gasset, además de con la ciencia, la universidad ha de comprometerse con la actualidad, con la existencia pública y con la realidad histórica del presente. Eso es lo que la universidad tiene que ser:

De aquí la importancia histórica que tiene devolver a la Universidad su tarea central de «ilustración» del hombre, de enseñarle la plena cultura del tiempo, de descubrirle con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica. (Ortega y Gasset, 1966, p. 344)

Incluso algunas críticas actuales —deconstructivas o decoloniales— de las formas en que la institución universitaria habría sido colonizada por las lógicas mercantiles de la globalización neoliberal siguen reproduciendo cierta idea filosófica de la universidad como ámbito de profesión incondicional de la verdad, red de libre experimentación espiritual, foro crítico en que el conocimiento transformador se constituye como bien público, o bien modo de cultivar el conocimiento universal mediante la apertura a otras perspectivas epistémicas. En ese sentido, Jacques Derrida reivindicó cierta universidad sin condiciones en que unas nuevas humanidades jugarían una decisiva baza deconstructiva:

Dicha universidad exige y se le debería reconocer en principio, además de lo que se denomina la libertad académica, una libertad *incondicional* de cuestionamiento y de proposición, e incluso, más aún si cabe, el derecho de decir públicamente todo lo que exigen una investigación, un saber y un pensamiento de la *verdad*. (2002, pp. 9-10)

Asimismo, al reflexionar sobre su experiencia y participación en la Universidad popular de Caen, Michel Onfray apelaba a la restauración de una práctica alternativa de la filosofía —singular, compartida, libertaria, interactiva, reticular y nómada—, que sea capaz de operar como nodo de microrresistencia ante las miserias económicas y políticas del neoliberalismo global:

La Universidad popular hace de esto [el advenimiento de intelectuales colectivos] una posible ilustración. Se trata de que puedan conocerse individuos que se enriquezcan mutuamente en sus diferencias y en sus divergencias, pero que, también, se completen desde el punto de vista de los contenidos. (2008, p. 149)

Al argumentar sobre la necesidad de una reforma universitaria que enfrente la transnacionalización, desfinanciamiento y desregulación del mercado universitario, y opte por una institucionalidad *pluriversitaria*, participativa y democrática, Boaventura de Sousa Santos expresaba su convicción sobre determinada misión teórica y práctica en su proyecto de universidad popular de los movimientos sociales:

La universidad en el siglo XXI será seguramente menos hegemónica, pero no menos necesaria de lo que fue en siglos anteriores. Su especificidad en cuanto bien público reside en ser la institución que liga el presente con el mediano y el largo plazo por los conocimientos y por la formación que produce y por el espacio público privilegiado para la discusión abierta y crítica que constituye. (2006, p. 96)

En su llamado a descolonizar la universidad —ante la hegemonía de un modelo académico eurocéntrico dominante y de una institucionalidad universitaria administrada desde la racionalidad neoliberal y la globalización de los mercados—, Achille Mbembe ha apostado también por una estrategia pluriversitaria y universalmente inclusiva. No obstante, la descolonización de la universidad parece preservar el compromiso filosófico con el libre conocimiento intelectual y moral, así como con la investigación dedicada:

Muchos entienden por pluriversidad un proceso de producción de conocimiento abierto a la diversidad epistémica. Es un proceso que no necesariamente abandona la noción de conocimiento universal para la humanidad, sino que la abraza a través de *una estrategia horizontal de apertura al diálogo entre diferentes tradiciones epistémicas*. Descolonizar la universidad es, por tanto, reformarla con el objetivo de crear un pluriversalismo cosmopolita crítico menos provincial y más abierto, una tarea que implica la refundación radical de nuestras formas de pensar y la trascendencia de nuestras divisiones disciplinarias. (2023, p. 33)

En suma, el ideal filosófico de la educación superior —cierta forma idealizada de la universidad como sede del cuestionamiento incondicional, la experimentación espiritual, el *logos* crítico o el conocimiento abierto— sigue vigente hasta en algunos de los más acérrimos deconstructores y descolonizadores de la racionalidad europea moderna. Ahora bien, si aceptamos el argumento de Lyotard (1994) en su informe sobre la condición posmoderna, el relato filosófico de la universidad como ámbito de formación espiritual especulativa y emancipadora (heredado desde el idealismo alemán

y desde la universidad alemana) se habría erosionado fatalmente en la medida en que, al sobreestimar la legitimación mediante la especulación del saber y la formación integral del espíritu, socavaba las opciones del conocimiento positivo, se desvinculaba especulativamente de las exigencias de las ciencias y, paradójicamente, resultaba desbordado por la proliferación de las disciplinas, al margen de cualquier encuadramiento enciclopédico especulativo. Según Lyotard, en el escenario posmoderno de multiplicación de juegos de lenguaje y bancos de datos, así como ante la actual diversificación de léxicos y procedimientos científicos, parecería imponerse un tipo de legitimación procedimental, instrumental y performativa, sustentada en la eficacia y en la optimización de los rendimientos; así, se privilegiaría la función profesionalizadora de la educación superior y la formación de competencias:

De cualquier modo, el principio de performatividad, incluso si no permite decidir claramente en todos los casos la política a seguir, tiene por consecuencia global la subordinación de las instituciones de enseñanza superior a los poderes. A partir del momento en que el saber ya no tiene su fin en sí mismo, como realización de la idea o como emancipación de los hombres, su transmisión escapa a la responsabilidad exclusiva de los ilustrados y de los estudiantes. La idea de «franquicia universitaria» es hoy de otra época. (Lyotard, 1994, p. 93)

En ese sentido, José Joaquín Brunner ha hecho referencia a cómo, en el curso de la segunda mitad del siglo XX, en la educación superior en Latinoamérica se ha producido cierta desacralización o desencantamiento de la idea normativa de universidad en el contexto de la masificación, la sobrecarga funcional, el aumento caótico de la complejidad burocrática y la conversión del sistema en una fábrica o supermercado de producción y expedición de certificados académicos:

Por eso mismo, la imagen pública de la enseñanza superior se ha vuelto, contemporáneamente, mucho más difusa y ambiguo su *status*. Todavía hasta mediados del presente siglo podía equipararse la educación superior con la idea y la práctica de la universidad y atribuirse a ella los sólidos valores de una tradición más que secular. La *idea de la universidad*, que era el nivel en que por aquellos años solía colocarse el debate sobre el destino de la institución, estaba estrechamente referida a nociones de valor, de misión, de búsqueda de la verdad, de formación del espíritu. La universidad, en suma, era el objeto de una retórica axiológica más que de un debate referido a su estructura y financiamiento, a sus rendimientos y modalidades

de gobierno como ocurre, en cambio, usualmente en el presente. (1990, p. 59)

No obstante, todavía hoy hay quienes repiten la cantinela de que la universidad es depositaria de una elevada misión espiritual y no faltan los que siguen invocando ceremonialmente la autonomía incondicional del mundo académico como ámbito de ensimismamiento espiritual o libre experimentación intelectual. Quizá se trate de un atavismo sintomático en virtud del cual la universidad sigue aspirando a convertirse en un establecimiento de cierta clase ociosa dedicada exclusivamente a la contemplación intelectual y al consumo conspicuo del saber reputado (siguiendo los planteamientos de Veblen, 2005); tal vez, asistiríamos a una autoinvestidura de la comunidad académica como si estuviera en juego cierto apostolado espiritual con usos tan anacrónicos como los desfiles de togados o las ceremonias de iniciación y graduación.

Ahora bien, en el curso del siglo XX, la observación sociológica de la comunidad universitaria nos ha permitido obtener una visión menos idealizada de las constricciones institucionales y dinámicas organizacionales de la universidad contemporánea. Por ejemplo, en su estudio seminal *The academic man*, Logan Wilson (1942) retrató las tensiones ideológicas entre las metas nominalmente declaradas y las prácticas reales de la institución universitaria: aunque el mundo académico se suele vincular idealmente a la libre asociación entre iguales, encontramos formas de dependencia derivadas de la delegación de funciones y la concentración de autoridad; a pesar de que los reconocimientos académicos se relacionan supuestamente con la distinción intelectual, adquieren un valor competitivo como medios de colocación e indicadores de productividad y generan formas de subordinación intelectual; pese a que la posición académica dependería del mérito, a menudo el favoritismo y el nepotismo pasan a llevar los criterios de competencia; se predica la excelencia docente, pero la carrera académica depende en gran medida de la actividad investigadora y la publicación de impacto; en última instancia, la actividad académica desinteresada termina sucumbiendo ante las presiones por resultados inmediatos (Wilson, 1942). ¿Resulta familiar?

En su descripción sociológica de los intelectuales académicos, Lewis Coser (1968) también retrataba las tensiones generadas en la organización multifuncional y burocrática de la universidad contemporánea. Además de describir las presiones a que está sometida la carrera académica, la división

de la universidad moderna en departamentos especializados y administrativamente encuadrados, la falta de tiempo por la exigencia de realizar tareas administrativas y docencia masiva, el énfasis en las competencias útiles en desmedro de la formación cultural integral, la conversión de muchos académicos en empresarios de la investigación a cargo de gestionar proyectos y equipos más que a la creación intelectual, Coser resaltó los impedimentos burocráticos que atenazan la vida académica en la universidad actual:

El poder que han obtenido los administradores en la universidad moderna, por el simple hecho de ser indispensables, ha conducido naturalmente a tensiones entre ellos y el claustro. Gran parte de la historia de las instituciones académicas modernas podría ser escrita en términos de tales tensiones. En particular, los administradores están inclinados naturalmente a reducir la múltiple diversificación de la universidad e imponen un patrón mínimo de uniformidad en toda la empresa. Tratan de introducir cuadros de organización y canales bien definidos de autoridad y comunicación, para combatir lo que les parece a veces el caótico *laissez-faire* del académico. El claustro por otro lado podría sentir que la rutina y la burocratización reducen sus prerrogativas escolares y su fuero académico. (Coser, 1968, pp. 290-291)

¿Les suena conocido? En su libro *Homo academicus*, Pierre Bourdieu (2008) ha descrito sociológicamente de qué manera los profesores universitarios —a pesar del muy manido y políticamente correcto discurso anticapitalista de algunos académicos que apelan a la misión espiritual de la universidad— ocupan cierta posición social como poseedores de determinado capital cultural: constituyen un grupo económicamente dominado, pero culturalmente dominante (frente a los gerentes o cuadros directivos), y ocupan una posición dominante e institucionalizada en el campo cultural, con una carrera académica e ingresos fijos. En ese sentido, la distribución de los profesores universitarios en el campo cultural estaría sujeta a todo un plexo de diferentes formas de capital: el capital económico, social y cultural heredados, el capital académico, el capital de poder universitario, el capital de poder científico, el capital de prestigio científico, el capital de notoriedad intelectual, así como el capital de poder político o económico. Para el sociólogo francés, —pese a la retórica autolegitimadora de la autonomía espiritual de la universidad— en el propio campo de las instituciones de educación superior se reproduciría la asimetría del poder y las oposiciones entre facciones dominantes, aunque bajo una lógica

académica: según la facultad a que se adscriben, los académicos se distribuyen entre el polo del poder económico y político y el del del prestigio cultural. Concretamente, las características de los grupos dominantes se concentrarían en las facultades de derecho y medicina, y disminuirían en las facultades de ciencias, para alcanzar su mínima expresión en las de letras; a la inversa, las facultades de humanidades acumularían (más que las facultades de derecho y medicina) algunas marcas distintivas de excelencia académica, como la publicación y la notoriedad pública (Bourdieu, 2008).

En sus *Meditaciones pascalianas*, Bourdieu (1999) profundizaba su cuestionamiento de los universos escolásticos a través de los cuales se reproduce el campo cultural, a expensas de cierta ilusión sobre las condiciones sociohistóricas que constituyen su trasfondo y que se reproducen en cada campo académico. Y es que la disposición escolástica ignora lo que hace posible una mirada intelectualmente distanciada e indiferente al contexto y a los fines prácticos: la *scholé*, como tiempo liberado de las ocupaciones y preocupaciones prácticas en el que se puede jugar ilusamente al pensamiento puro, tal y como ocurre cuando se ingresa al universo académico o escolar. Según Bourdieu, quienes están inmersos en los universos escolásticos no solo tienden a olvidar las circunstancias históricas y sociales que hacen posible su visión desapegada; además, se adhieren entusiasmados al punto de vista escolástico, a partir de la sensación de estar naturalmente dotados que es propia de las élites académicas. De ese modo, los procedimientos escolares de formación y selección —que operan como ritos de institución— instaurarían una frontera mágica entre los elegidos y los excluidos en el campo académico (Bourdieu, 1999). ¿No les parece cercano?

Wendy Brown ha sostenido que es un lugar común “afirmar que la educación superior de amplio acceso y costeable es una de las grandes pérdidas ocasionadas por el dominio neoliberal” (2016, p. 235). En ese sentido, atribuye la erosión de los ideales de la educación superior (una formación humanista amplia y pública para la mayoría de la ciudadanía), así como la consiguiente liquidación de las universidades con espíritu público y la devaluación de la docencia —particularmente, la enseñanza de pregrado—, a la expansión de la racionalidad neoliberal, del emprendimiento académico, de la *financiarización* del quehacer intelectual y de las métricas

mercantilistas en el mundo universitario. El diagnóstico de Brown resulta inquietante:

Resulta extraordinaria la velocidad con que todos los estratos de las universidades públicas —personal, maestros, administradores, estudiantes— se han acostumbrado a la saturación de la vida universitaria con la racionalidad neoliberal, su métrica y sus principios de gobernanza. Los profesores están acostumbrados a centros de investigación con fondos corporativos, becas, programas y departamentos y han aceptado, con unas cuantas excepciones, el desgaste de su poder para regir la universidad. Los profesores más experimentados, que gozan de privilegios (que suelen incluir salarios mercadizados [sic] que exceden las escalas universitarias) en las mejores universidades públicas privatizadas, se preocupan por sus publicaciones, investigaciones, premios, calificaciones, ofertas y contraofertas. El profesorado joven, educado en el arribismo neoliberal, no suele darse cuenta de que puede haber propósitos y prácticas en la academia alternativos a aquellos que organiza la tabla neoliberal de valores. (Brown, 2016, pp. 272-273)

Conocemos de sobra esta indignada retórica contra cierto mercantilismo neoliberal que habría ido colonizando el mundo académico: se trata de un discurso manido que, como un espectro, recorre todo el universo escolástico (entre investigadores, docentes, becarios, funcionarios y estudiantes). A quienes trabajamos en la universidad, todo esto nos resulta archiconocido y parece casi un lugar común, pero no constituye una razón suficiente para explicar el desastre financiero y administrativo de algunas universidades chilenas (entre las cuales destaca la Universidad Austral de Chile, debido a la magnitud de su deuda multimillonaria). Tal vez habría que sumar condiciones locales; por ejemplo, las formas caóticas, heterogéneas y desreguladas de funcionamiento del mercado de la educación superior en Chile. Como resultado del experimento neoliberal emprendido desde la Dictadura civil-militar pinochetista y administrado durante la transición democrática, en este angosto territorio hemos asistido, a partir de los años ochenta, a la creación de una auténtica burbuja financiera-académica, con un aumento exponencial de la matrícula y de universidades de fantasía, poco transparentes y dudosamente viables; se trata de una inflación irreal del mundo académico que también ha comprometido el funcionamiento de las universidades supuestamente tradicionales y públicas. La periodista María Olivia Mönckeberg describía

crudamente este panorama de la universidad chilena de comienzos del siglo XXI:

Detrás de las fachadas de casas o edificios que se llaman universidades suelen esconderse actividades y operaciones que poco o nada tienen que ver con la vida académica, la investigación universitaria o la formación de científicos y profesionales: las inmobiliarias, las “prestaciones de servicios”, las sociedades anónimas cerradas o limitadas que esconden su verdadera actividad y otras formas habituales ya en ese ambiente, configuran un panorama donde el lucro —aunque se le cambie el nombre— es motor y protagonista central. (Mönckeberg, 2007, p. 9)

Puede concluirse que, en esas condiciones, no solo parece discutible que la universidad pueda cumplir sus supuestas funciones de formación ciudadana universal en igualdad de condiciones y de florecimiento de la cultura pública; también es improbable que pueda gestionarse un sistema universitario de esa calaña con eficiencia, proyección y viabilidad. En este momento, después de décadas de bonanza y crecimiento explosivo del mercado de la educación superior, la burbuja financiera-académica amenaza con desinflarse y liquidarse como lo hizo la burbuja especulativa de la universidad. En cualquier caso, para dar cuenta de la profunda crisis de la Universidad Austral de Chile, no basta con aludir a factores tan genéricos como la desregulación del mercado universitario chileno ni parece suficiente aludir a condiciones tan transversales como las políticas educativas, la masificación, la gratuidad, el desfinanciamiento, las transformaciones en la demanda educativa, el crecimiento de las universidades privadas, o bien a excepciones tan singulares como la pandemia. No nos engañemos. En su discurso de despedida de la Universidad Austral, Jorge Millas anunció lo que nos resta:

Durante los últimos años nos hemos venido acostumbrando en las universidades chilenas a falsas ceremonias y ritos académicos, falsos por su apariencia simulatoria y por la alteración de su verdadero contenido. Nos convocan a clases magistrales que ni enseñan ni exhiben maestría, a conmemoraciones que ocultan el auténtico sentido del hecho conmemorado, a entusiastas inauguraciones de año que encubren retóricamente el fracaso y la incertidumbre. (Millas, 2017, p. 175)

Para que no digan que en esta circunstancia nos pusimos patéticamente graves y taciturnos, les dejamos un presente algo más jocoso como cierre de esta perorata. Si el desinflamiento de la burbuja especulativa

y la erosión de la vocación misional de la universidad acabaron con la ilusión del saber espiritual integral y enciclopédico, el pinchazo de la burbuja académico-financiera quizá nos deja tan solo algunas máximas pragmáticas sueltas y un lote de consignas de mercado para la supervivencia cotidiana. ¿Dónde recabar una guía, aunque sea fragmentaria, de ideas claves o conceptos oportunos para esquivar la calamidad? En esa odisea de la estupidez humana y la pedantería burguesa que es la extraña novela inacabada *Bouvard y Pécuchet*, Flaubert (1978) pensó incluir un particular “Diccionario de las ideas recibidas” (también inconcluso); allí aporta un particular elenco paródico de lugares comunes y frases hechas. Si nuestra comunidad *estultífera* nos lo permite, queremos regalarles la versión sinóptica y quintaesenciada de ese catálogo de clichés, bajo la forma de un decálogo para seguir subsistiendo actualmente entre las ruinas de la universidad:

BACHILLERATO. Tronar contra él. (p. 313)

CEREMONIAL. Da prestigio. Impresiona la imaginación de las masas. (p. 317)

CÍRCULO. Siempre se debe formar parte de un círculo. (p. 317)

DIPLOMA. Signo de ciencia. No prueba nada. (p. 322)

FILOSOFÍA. Reírse siempre de ella. (p. 327)

IDEAL. Completamente inútil. (p. 332)

PRÁCTICA. Superior a la teoría. (p. 344)

PRINCIPIOS. Siempre indiscutibles; no se puede explicar su naturaleza ni su número, pero no importa: son sagrados. (pp. 344-345)

TOGA. Inspira respeto. (p. 348)

UNIVERSIDAD. “Alma mater”. (p. 348)

Por nuestro espíritu franciscano, minimalista y poco dado a la pompa académica, en *Revista stultifera* no hemos sufrido mayormente el embate de la crisis: no hay mucho que perder, salvo nuestra apreciada comunidad de autores y lectores. A ellos va dedicado este nuevo número de la revista, particularmente fiel a su proyecto y línea editorial. Como corresponde a nuestra perspectiva fronteriza de las humanidades y a la apuesta por los estudios críticos, este número vuelve a ofrecer cierto recorrido interdisciplinario por el sinuoso terreno de la relación entre historia,

cultura, memoria, género y literatura, desde enfoques críticos y comprometidos con el presente. En ese sentido, cada uno de los artículos del número nos invita a repensar los vínculos entre el pasado y el presente, la identidad y la resistencia, lo local y lo universal.

Abre el número el artículo de Edgar Straehle titulado “Reflexiones sobre el populismo historiográfico en España. Un ejercicio de historiografía del presente”. En esta notable reflexión crítica sobre el actual populismo historiográfico hispano, se examinan los recursos emotivos y presentistas de esa forma de divulgación histórica enfrentada a la investigación académica, y se compara el fenómeno con el nacionalismo historiográfico, el revisionismo y la pseudohistoria, con el fin de problematizar la conflictiva relación entre historia, memoria y posverdad.

No es extraño que, en una revista con vocación contracultural y comprometida críticamente con las culturas populares, se propicie el diálogo entre los saberes académicos y las prácticas contraculturales, subculturales o post-subculturales. Bajo el título “Llegó rápido, vivió intensamente y murió joven. La primera ola punk en España (1975-1979): recepción social y cultural”, el artículo de David Mota y Sergio Cañas explora, desde una perspectiva histórica y una óptica cultural, la recepción de la primera ola punk en España en la segunda mitad de los setenta. Se trata de un fenómeno contracultural que desafió las tradiciones tardofranquistas en la transición democrática, pero progresivamente adquirió difusión mediática y se convirtió en el fermento de nuevos géneros musicales. Como contrapunto, el artículo de José Cabrera y Daniel Jofré, titulado “Contramemoria y resistencia subcultural en la exposición *Ander: Resistencia cultural en El Trolley y Matucana 19*”, nos sumerge en la escena de la contracultura y las subculturas juveniles del Chile de los ochenta. Concretamente, el artículo de Cabrera y Jofré articula los conceptos de contramemoria, subcultura y resistencia para interpretar la exposición del 2022 *Ander*; así se rescata la resistencia contracultural durante el periodo dictatorial, analizando su impacto en la memoria colectiva.

Los restantes artículos del número tejen un particular diálogo con la alteridad del sexo, la etnia y lo local. Desde los estudios de género, Érika Soto Moreno, en su artículo “El empoderamiento a través de la sexualización. Una perspectiva crítica”, reconstruye los argumentos respecto a si la sexualización femenina es una forma de subversión de la

jerarquía patriarcal o, por el contrario, un modo de reproducir la jerarquía sexista; para ello, cuestiona críticamente la noción de empoderamiento a través de la sexualización, proponiendo una revisión deconstructiva del argumento posfeminista. En una indagación que se posiciona en el campo metodológico, el artículo de Óscar López Flores aborda la problemática de la generalización interna en la etnografía antropológica, reflexionando sobre su validez teórica y práctica en los estudios cualitativos. Tras analizar los tipos de generalización desde una perspectiva epistemológica, se propone una interpretación de la generalización interna etnográfica como variante de la inferencia a la mejor explicación. En cuanto revista comprometida con las culturas populares locales y arraigada en el sur profundo de Chile, nos complace incorporar en este número un análisis de la poesía contemporánea de nuestro entrañable Chiloé. En ese sentido, el artículo de Janette González Pulgar y Simón Villalobos, “Poesía de Chiloé del siglo XXI: producción editorial y escritura poética”, forja un catastro del patrimonio bibliográfico chilote de las últimas décadas y reconstruye sus motivos poéticos, rasgos formales y tópicos. Así, se pone de manifiesto cómo las dinámicas editoriales locales y dialogan con el panorama literario hispanoamericano.

Para volver al ruedo académico, cierra el número una reseña de Yerko Gómez del libro *Philosophy, Bullshit, and Peer Review*. Se trata de una ponderada reflexión en torno a la polémica sobre las imposturas intelectuales, la validez epistemológica de la revisión por pares y las atribuciones de charlatanería en la publicación científica.

Como ven, al margen del deplorable estado de nuestra educación superior y del escenario crítico de esta universidad, sigue siendo viable la aventura y tarea del pensamiento y la escritura. Esperamos que disfruten inteligentemente con la lectura de este número de *Revista stultifera*. No se trata de gozar absurdamente como reza el conocido himno académico—coreado hasta la eternidad en las más rancias ceremonias académicas—: *gaudeamus igitur* (alegrémonos, pues). ¿Por qué deberíamos deleitarnos ante el actual escenario de la educación superior chilena y la liquidación de nuestra universidad? Todo evoca esa obra de Yue Minjun titulada “La ejecución”, uno de los cuadros más emblemáticos del realismo cínico chino: los cuerpos desnudos de las víctimas se sacuden al unísono en gozosas carcajadas ante un pelotón de fusilamiento que apunta sin armas y también se ríe del absurdo de la escena. ¿Les parece familiar?

## Referencias

- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Siglo XXI.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.
- Brunner, J. J. (1990). *Educación superior en América Latina: cambios y desafíos*. Fondo de Cultura Económica.
- Coser, L. (1968). *Hombres de ideas*. Fondo de Cultura Económica.
- de Sousa Santos, B. (2006). *La universidad popular del siglo XXI*. Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales-UNMSM. Programa de Estudios sobre Democracia y Transformación Global.
- Derrida, J. (2002). *La universidad sin condición*. Trotta.
- Fichte, J. T. (1959). Plan razonado para erigir en Berlín un establecimiento de enseñanza superior que esté en conexión adecuada con una academia de ciencias. En VV.AA., *La Idea de la universidad en Alemania* (pp. 15-115). Editorial Sudamericana.
- Flaubert, G. (1978). *Bouvard y Pécuchet*. Bruguera.
- Heidegger, M. (1961). El discurso rectoral de 1933 de Martin Heidegger. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 3(10), 183-188.
- Humboldt, G. (1959). Sobre la organización interna y externa de los establecimientos científicos superiores en Berlín. En VV.AA., *La Idea de la universidad en Alemania* (pp. 209-219). Editorial Sudamericana.
- Kant, I. (2003). *El conflicto de las Facultades*. Alianza Editorial.
- Lyotard, J.-F. (1994). *La condición postmoderna*. Cátedra.
- Mbembe, A. (2003). *Descolonizar la universidad*. Ennegativo ediciones.
- Millas, J. (2017). *Irremediablemente Filósofo*. Ediciones UACH.
- Mönckeberg, M. O. (2007). *El negocio de las universidades en Chile*. Debate.
- Onfray, M. (2008). *La comunidad filosófica. Manifiesto por una Universidad popular*. Gedisa.
- Ortega y Gasset, J. (1966). Misión de la universidad. En *Obras completas. Tomo IV (1929-1933)* (pp. 311-353). Revista de Occidente.
- Safranski, R. (2003). *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*. Tusquets.

Veblen, T. (2005). *Teoría de la clase ociosa*. Fondo de Cultura Económica.

Wilson, L. (1942). *The academic man*. Oxford University Press.

# REVISTA STVLTIFERA

## DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 8, NÚMERO 1, PRIMER SEMESTRE DEL 2025

ISSN 0719-983X

**Editorial: *Libertas venditur***

Juan Antonio González de Requena Farré

**Reflexiones sobre el populismo historiográfico en España. Un ejercicio de historiografía del presente**

Edgar Straehle Porras

**Llegó rápido, vivió intensamente y murió joven. La primera ola punk en España (1975-1979): recepción social y cultural**

David Mota Zurdo y Sergio Cañas Díez

**Contramemoria y resistencia subcultural en la exposición *Ander: Resistencia cultural en El Trolley y Matucana 19***

José Cabrera Sánchez y Daniel Jofré Astudillo

**El empoderamiento a través de la sexualización. Una perspectiva crítica**

Érika Soto Moreno

**Una reflexión epistemológica sobre la generalización interna de la etnografía antropológica**

Óscar Adrián López Flores

**Poesía de Chiloé del siglo XXI: producción editorial y escritura poética**

Jannette González Pulgar y Simón Villalobos

**Reseña de Levy, N. (2023). *Philosophy, Bullshit, and Peer Review***

Yerko Fernando Gómez Vargas